

LA UNIDAD CATÓLICA,

Esta Asociación no solamente esquiva sino que rechaza todo cuanto pueda dar ni aun sombra de pretexto para que se la confunda con ningún partido político.

MANIFIESTO DE LA CENTRAL DE MADRID.

ÓRGANO

DE LAS ASOCIACIONES DE CATÓLICOS

DE LAS BALEARES.

SEGUNDA SERIE.

Sabemos desde ahora que se intentará negarlo; conocemos todo el interés que habrá en aparentar desconocerlo; pero ante Dios y ante la patria aseguramos que esta es la verdad.

IDEM.

Á LA MEMORIA

DEL

EXCMO. SR. D. MANUEL DE LA PEZUELA,

MARQUÉS DE VILUMA,

PRESIDENTE GENERAL DE LA ASOCIACION DE CATÓLICOS.



Era un monumento viviente, pero ay! nada mas que un monumento. Bajo el peso de las nieblas cada vez mas densas acumuladas en torno de su espíritu por la enfermedad, dormitaba su serena y viva inteligencia, el calor y energía de sus sentimientos se amortiguaba, como si el cielo piadoso, transfiriendo al cuerpo los dolores del alma, quisiera hacerle sufrir menos ante los males de la patria y de los suyos. Su amena conversacion, su fácil palabra enmudecía; y hasta sus robustos miembros paralizados resistían á la voluntad y necesitaban de auxilio ajeno. A los elevados puestos y honrosas distinciones que habia merecido en su larga carrera, solo una reemplazaba, la de presidente general de la Asociación de Católicos, gloriosa sobre todas, eso sí; pero, conferida en contemplacion mas bien de servicios pasados que de los que pudiera prestar en adelante, representaba menos una esperanza que un recuerdo. Tal ha sido durante cuatro dolorosos años la existencia del marqués de Viluma, análoga por mas

de un concepto á la situacion de la noble é infeliz España!

Sin embargo aun alentaba, aun era de contemplar su magestuosa figura, aun gozaban de su presencia, aunque recordando con pena mejores dias, los escogidos objetos de su cariño; y á la sacudida de alguna emocion extraordinaria, á la súbita aparicion de un amigo largo tiempo deseado, aun brillaban sus dulces y azuladas pupilas, y se movían sus labios tan pronto impregnados de sal ática como de suave melancolía, y brotaban chispas de luz de su mente y raudales de ternura de su corazón, y revivia completamente para los que de años atrás no le habian visto, idealizado todavía mas por los padecimientos. Y si alguno de antes no habia tenido la dicha de conocerle, admiraba y comprendía por lo magnífico de las ruinas lo que habia sido de espléndido el edificio. Ah! gran pérdida para los que á su lado estaban la de la vista sola de aquel hombre, gran pérdida para los ausentes la de la esperanza de volverle á ver!

¿Escribiré la biografía del ilustre personaje yo, que si bien favorecido con su mas íntima confianza, órgano de sus aspiraciones, alférez de su bandera, nunca me cuidé de interrogarle acerca de las circunstancias é incidentes de la vida que mas entretienen la curiosidad del público, ni de registrar los

cargos, títulos y condecoraciones que suelen inventariarse en esta clase de trabajos? ¿Reduciré las proporciones de este homenaje á la expansión del afecto especial que nos enlazó y al recuerdo de un amor por su parte privilegiado y casi paternal, que envanecería tal vez demasiado al que lo obtuvo si no impusiera una responsabilidad correspondiente, y al lado del cual no son sino vacío y tedio las relaciones sociales y políticas que mas presumen de finas y consecuentes? Ni una cosa ni otra; la amistad que rehuye de fabricar elogios oficiales, tambien entraña delicadas reservas: pero exponer la ocasion y los fundamentos de esta amistad ¿no será bastante para manifestar lo que era y lo que valia quien la inspiró?

El hijo y heredero del pandonoroso virey del Perú que habia mantenido con gloria en aquellas regiones la bandera española en los últimos dias de su dominacion, el bizarro cadete que en nuestra Palma recordada por él amenudo aprovechaba sus trece años dentro del colegio de artillería, el ayudante del desgraciado Porlier que á los diez y seis espiaba en el castillo de la Coruña sus prematuras ilusiones por la *libertad*, se distinguió ya en las cortes de 1840 entre los escasos defensores de las sanas doctrinas, y en la comision de diezmos trabajó no poco en bien á la vez de la Iglesia y del estado. Eclipsado durante la regencia de Espartero, reapareció el nombre de Viluma en junio de 1844 como símbolo de esperanza para todos los que ansiaban reparacion y orden permanente: su aceptacion de la cartera de estado en Barcelona, donde estaba á la sazón la reina, fué saludada con júbilo, seguida con inquietud la prolongada crisis á que dió lugar su divergencia con los demás ministros sobre la manera de reorganizar á España, recibida con desconsuelo su dimision que dejó el campo libre al doctrinarismo armado. Abriéronsele para seguir su noble empresa las puertas del parlamento; pero lastimado su decoro por el brusco arranque de un ministro, abandonó en diciembre inmediato aquellos bancos seguido de veinte y tres compañeros con él identificados, no quedando á sus opiniones otro palenque sino la prensa.

Entonces nacieron nuestras relaciones, n eventuales ni pasajeras. Balmes nos echó en los brazos uno del otro, llamándome á defender por medio de un periódico diario la bandera desplegada en su semanario el *Pensamiento de la Nacion*, puesto de acuerdo en todo el insigne escritor con el insigne hombre de estado. «Tendrá V. la fortuna, me habia escrito el primero, de tratar con hombres concienzudos y caballeros que respetarán siempre en V. la delicadeza que le distingue; jamás los encontrará V. sordos á la voz de la razon, de la prudencia y del honor; jamás se encontrará V. en la necesidad de hacer respetar la independencia del escritor, porque esta independencia la respetarán ellos sin que V. se lo exija.» Y acertó, y todavía hallé mucho mas de lo ofrecido. Empezó el *Conciliador* su corta vida en julio de 1845; y cuando no otra cosa, su título, referente á la union política ó mas bien nacional que sobre la base de un matrimonio de conciliacion dinástica se proponia, bastó desde luego para hacerle designar como órgano de la fraccion llamada ya Vilumista, aunque exigua en número, no escasa de talentos ni de representacion social. Y sin embargo el gefe de ella consentia en no leer sino impresas al igual de los demás lectores las columnas que habian de tomarse como expresion de sus ideas y sentimientos, entregado con generosa confianza al novel é inesperto publicista que las interpretaba, sin mas previo concierto que el establecido en asiduas conversaciones, en las que sacrificando siempre en caso de divergencia sus juicios á los del escritor que habia de emitirlos como propios, no podia menos de ejercer habitualmente el influjo natural de sus luces y esperiencia, mas eficaz en verdad cuanto menos impuesto.

Fuerte como opinion, aunque débil como partido la hueste acaudillada por el marqués de Viluma, pues con ella simpatizaban de un extremo á otro de la península todos los hombres sensatos y buenos que no convierten la política en ciega pasion ó útil grangería, no inspiraba menor recelo en las regiones oficiales, que saña á las oposiciones mas ó menos revolucionarias. Firme y respetuoso se man-

tuvo constantemente con su reina el leal prócer; pero al aceptar el encargo de formar ministerio en 11 de febrero de 1846 á la caída del de Narvaez-Pidal, por la flojedad con que fueron secundados sus esfuerzos se comprendieron los obstáculos con que dentro de palacio tropezaba. Sus consejos, invocados en el crítico apuro, eran repelidos ó cuando menos aplazados, como una penosa aunque saludable medicina; su integridad austera no congruía con la época ni con el lugar. El doble enlace se consumó por servidores mas complacientes; y desechada la solución de Viluma, quedó imposible por mucho tiempo, si no para siempre, la paz y la salvación de España.

No obstante, aunque temido en su sistema era buscado en su persona; pretendíase á fuerza de honores indemnizarle de la acción que se le negaba; embajador, presidente del senado mas de una vez, presidente del consejo de estado, no hubo cargo eminente que no se le confiriera para dar realce al puesto y prestigio al poder que le nombraba. Todos los desempeñó con fidelidad y entereza, sin ejercer influencia política, ni dejarse llevar por bandería alguna de las del partido moderado. Narvaistas y puritanos, doctrinarios y reformadores, polacos y unionistas, tributaban á porfía homenaje á sus prendas y virtudes; pero en la imposibilidad de atraerle, afectaban un pánico inocente respecto de sus principios y tendencias, que calificaban de anacrónicas, desgañitándose la prensa á la simple reaparición de su nombre como si la reacción estuviese ya á las puertas. ¿Qué entenderían de libertad aquellos que en los postreros años del último reinado, tratándose de no sé que nombramiento oscilante entre Viluma y Gonzalez Bravo, veían una amenaza para la libertad en el primero, al paso que una garantía en el segundo?

Él, inaccesible á halagos y á calumnias, conocedor profundo de las cosas y de las personas, y por lo mismo poco ganoso del poder cuyas inmensas dificultades palpaba, lamentábase de su impotencia para el bien del país, de la mala compañía en que se encontraba, de los males «que solo Dios podia apartar de

gobiernos tan ciegos y de pueblos tan indómitos y extraviados;» y este era el tema mas frecuente de sus conversaciones y de sus cartas. Cada año á su entrada, con ocasión de la cual solíamos escribirnos, se presentaba á sus ojos *sañudo y fiero* y preñado de calamidades; mas la tristeza de sus previsiones y el desaliento de su alma no imprimían vacilación en su conducta. En tratándose de justicia y de conciencia, no conocía así en la vida pública como en la privada transacciones ni siquiera miramientos; juntaba á su dulzura de carácter toda la rigidez de un espartano, ó mejor dicho, toda la fortaleza de un católico. A principios de 1845, cuando solo buscaba vía para retirarse sin deshonor de la presidencia del consejo de estado, en la cual el nuncio le instaba á que permaneciera hasta decidir la cuestión del pase á la famosa encíclica, me escribía en estos términos: «El jubileo pasaria sin dificultad, pero á las proposiciones condenadas se rebelan todas las furias de la irreligion y de la impiedad. Isabel II y el gobierno y los ministros y prelados que la rodean, no tienen valor para salir del conflicto que nos amenaza. En cuanto á mí, mi querido amigo, no tengo que dudar; yo me voy con mi Dios y su vicario en la tierra, solo ó acompañado; no tengo ni mas consejo que dar, ni otro camino que seguir.»

Llegó por fin con la revolución de setiembre la gran desventura, la grande expiación general, que tan claramente y desde tanto tiempo, aunque sin distinguir su precisa forma, veía acercarse nuestro estadista. Cogióle enfermo, herido ya de la perlesia que debia llevarle al sepulcro; que sin esto tal vez aún se hubieran agrupado las disueltas filas del moderantismo alrededor de algo mas digno y elevado, y hasta mas hábil y provechoso, que los acomodamientos montpensieristas ó el impenitente sistema de los hechos consumados. Mas á pesar de su postración, el ferviente cristiano, el modesto socio de S. Vicente de Paul, no pudo negarse en lo mas deshecho de la borrasca á aceptar en Madrid la presidencia de la Asociación de Católicos; y véase como respondia á mis felicitaciones su profunda hu-

mildad, á la vez que templaba discretamente mis impacencias. «Ay amigo mio! con cuánto placer aquí á mis solas, sin mas compañía que mis achaques y esta inmensidad de amarguras que contristan el corazon y enervan las poquísimas fuerzas que ya me quedan, leo sus animosas exhortaciones y sus valientes consejos! Quizás no sabe V. bien cómo se ha formado la Asociacion; quizás ignora V. el porqué se halla al frente de ella este pobre viejo, que dándole cuanto es y cuanto vale, no le da nada, absolutamente nada. Yo cuando pienso en las personas, motivos y aspiraciones á cuyo calor é iniciativa nació la asociacion, cuando reflexiono en los caminos por donde llegó á personificarse en los humildes miembros de la junta superior, ni espero un desarrollo rápido, sorprendente, de esos que en este siglo del vapor y del telégrafo desean con avidez inaudita hasta los buenos católicos como usted, ni me desalientan tampoco las dificultades y obstáculos que surgen por dó quiera.»

«¿Quiénes somos nosotros, continuaba en esta bella carta del 14 de abril de 1869 en que le llevaba la pluma el Sr. Garvía, estimable secretario de la sociedad tambien ya difunto, quiénes somos nosotros para detener y encauzar esas impetuosas corrientes, que arrastran á estos hácia una dinastía, á otros hácia otra, y á muchos hácia diversas instituciones, pero que hacen rodar á todos por el suelo en confuso tropel, saltando de tumbo en tumbo, y buscando á la luz de sus pasiones y de sus miserias una felicidad que solo existe en el cielo, y que solo pueden ver con la luz de la fé y conquistar bajo la bandera de la Iglesia católica?... Esto no impide que nos consideremos obligados á oponer á este desbordamiento todas nuestras fuerzas, para que al arrollarlas y destruirlas siquiera pierda algo de su impetuosidad y violencia; y así á fuerza de chocar y salvar diques, llegará dia en que otros hombres con mas brios y facultades que nosotros puedan, no ya contener el torrente, sino convertirlo en manso arroyo.»

Pero los ataques de la terrible dolencia menudeaban, empujándole cada vez al borde de la tumba, y dejándole de cada vez mas aba-

tido; bien pronto ni leer pudo, ni estampar en el papel su trémula firma, hasta el habla le costaba pena; y su piadosa y varonil consorte, uno de esos ángeles de caridad que la Providencia suscita en los palacios de Madrid, puesta siempre al lado del enfermo, seguia los dolorosos progresos de esta prolongada agonía, que me comunicaba de vez en cuando transido de angustia el corazon. Al compás de los padecimientos aumentaban no obstante ó mostraban mejor su brillo las cristianas virtudes del paciente: la conformidad, la mansedumbre, la humildad sincerísima en deplorar y encarecer las culpas de una vida que hubiera declarado intachable la mas severa moral humana, el ansia en fin de las cosas celestiales. Cuando nos separamos por última vez en 8 de junio de 1871, como yo para atenuar la afliccion de la despedida me fijase en la esperanza de que no habia de ser la postrera, «dejémoslo, me dijo, dejémoslo, querido, á la voluntad de Dios... pero en el cielo, allí sí, en el cielo nos reuniremos para siempre.»

Y en verdad que aquella mi esperanza llegó á arraigarseme desde entonces con el estacionamiento cuando no mejora que experimentó su salud en el pasado otoño, pues si los baños no disminuyeron su parálisis, despejaron notablemente sus facultades. En esta situacion atravesó el crudo invierno, entreteniendo otra vez algunos ratos con la lectura, y llegó sin novedad al verano, prometiéndose mayor alivio de la nueva temporada de baños que parece tomó y de que acababa de regresar, cuando vino á herirle el golpe definitivo. Ignoro todavía lo que le precedió y le acompañó; solo sé por los periódicos que el 20 de octubre último, dia ya tristemente señalado en la familia por otro ataque que tres años atrás habia paralizado su lado derecho, se apagó á las seis de la tarde para brillar en otra region aquella luminosa existencia. Moriría serenamente sin duda y con el consuelo de recibir los santos sacramentos, si es que fueron dictadas por él á última hora las disposiciones de su entierro, inspiradas por la mas edificante compuncion. Su cadáver vistió

por mortaja la sotana de la gloriosa y calumniada Compañía de Jesús á la que habia admirado y amado toda su vida; cuatro sepulcros le llevaron en hombros á la tumba, y apenas le seguian diez coches. La Asociación honró la memoria de su presidente con un modesto funeral y con cerrar aquel dia las escuelas de los *Estudios Católicos* puestas á su cargo.

Estas, sí que son tristezas, *mis* verdaderas tristezas; y aun prescindiendo, si es posible, de la esfera de los afectos, á la cual nada hay en lo humano preferible ni siquiera comparable, no conozco en la de las ideas é intereses públicos, ó llámese *política*, otra tristeza mayor que la de ver la desaparicion sucesiva de los grandes talentos y de las grandes virtudes en quienes ponía su salvacion la patria, únicos que durante mas de medio siglo de revueltas han levantado bandera de paz y conciliacion. Feneció Balmes, sin obtener mas que prevenciones de uno y otro lado en vida, y tardíos y estériles elogios en muerte; ha fenecido Viluma, siguiendo antes de los once meses á su buen amigo Isla Fernandez: solo queda de esa generosa pléyade el insigne don Santiago de Tejada, mas unido todavía por el alma y corazon que por la afinidad con su hermano político el difunto marqués. No, esas no son tristezas de persona ni de fraccion determinada; son tristezas nacionales; peor para la nacion si todavía no lo reconoce.

J. M. QUADRADO.

JESUCRISTO.

II.

Que la muerte de Jesús no fuese para sus discípulos una ráfaga de viento glacial que estinguiera la antorcha de su fe y enfriara el ardor de sus corazones, es un misterio que no se concibe sin la intervencion de mas elevados misterios. Caréce de esplicaciones dentro del círculo del puro naturalismo; y sin embargo, la filosofía que no cree, debe ser al menos una filosofía que esplique. Divagando por

el espacioso campo de aventuradas hipótesis tal vez se diga: «entusiasmados los apóstoles con el hermoso ideal de la doctrina evangélica, al mismo tiempo que irritados por la atroz injusticia de que habia sido víctima su maestro, se propusieron llevar á cabo la rehabilitacion mas espléndida y solemne que haya concebido nunca la imaginacion del hombre. Seducidos por el atrevimiento mismo de su empresa, empujados por la generosidad de sus intenciones, magnetizados por el misterioso atractivo del peligro, promulgaron un dogma en que no creian, á trueque de difundir las reglas de moral que profesaban. El arquitecto habia muerto, pero el plan de la obra existía: Jesucristo la habia iniciado, ellos resolvieron continuarla.» Pues en este caso la continuaron no como engañados sino como engañadores. En este caso no pueden ser los hombres cándidos y sencillos que el evangelio nos presenta: algo mas sabian que de redes y pesca; poseian cuando menos tanta instruccion como energía.

¿Y en qué cabeza medianamente organizada podia caber la idea de estirpar la idolatría, es decir la adoracion de la criatura, proponiendo un sistema religioso que del mismo vicio adoleciera? Para lavar la tierra de la asquerosa mancha que la cubria, se necesitaban aguas exentas de toda corrupcion é impureza. Toda revolucion se verifica en virtud de un principio opuesto al que domina. ¿No era bastante árdua la empresa de arrasar el Olimpo, para que se pensase en añadir la de sobreponerle el Calvario? ¿Era buen medio para atacar y herir en el corazon al politeísmo, hablarle de un nuevo Dios, y sobre todo de un Dios de reciente fecha? Porque esta observacion es importantísima. Todas las teogonías del gentilismo, tanto las transportadas de Egipto á Grecia y Roma como las orientales, germánicas y escandinavas, á mas de sus afinidades con los diversos aspectos de la naturaleza y de sus secretas inteligencias con las debilidades del corazon humano, á mas de haberse atenuado su deformidad con las sutilezas del simbolismo y las caprichosas galas de la poesía, todas tenian la gran ventaja de haberse autorizado con el transcurso de los siglos, de remontar su origen á la noche de los tiempos, de escaparse por completo á la jurisdiccion de la cronología. La imposibilidad de medir el tiempo transcurrido, de conocer la época precisa en que ascendieron á la categoría de dioses, servía á estos de eternidad facticia. La apoteosis de los Césares romanos pudieron ser improvisadas: la creencia en Júpiter, óptimo, máximo, de seguro no fué la de su generacion contemporánea, ni fueron sus hijos y nietos los que le in-

vocaron como arbitro supremo. Suponiendo á los apóstoles empeñados en forjar un Dios, menores inconvenientes les hubiera traído el deificar á Moisés que divinizar á Jesucristo.

¿A la sociedad judía, justamente engreida con el privilegio del monoteísmo, ¿se le habia de decir que aceptase como Dios á uno de sus individuos cuyas facciones habia visto, cuyo metal de voz habia oído, y á quien habia clavado en una cruz sin que lloviera sobre Jerusalem el fuego abrasador de Sódoma y Gomorra? ¿A las sociedades griega y romana, que viviendo para el deleite se burlaban de la multiplicidad de sus dioses, ¿se les habia de decir que prohibasen un nuevo Dios, pero un Dios rígido, exclusivo, intransigente, que no pedia ni queria un asilo en el Panteon, un Dios que no consentia en guardar el incógnito como el de Atenas, ni se daría por satisfecho de compartir un ara en el palacio de Alejandro Severo? ¿Será que hayan de admitirse los absurdos por el solo prurito de rebelarse contra los misterios?

¿Y por dónde habian de buscar, dónde podian encontrar el punto de apoyo estos nuevos Arquímedes, que trataban de levantar el mundo en peso con una palanca que no era entonces mas que la forma de un suplicio infamante? ¿Cuál era el vellocino de oro en que soñaban esos nuevos argonautas para lanzarse con su fragil barquilla á la inclemencia de las olas irritadas? ¿Con qué tabla de salvacion contaban para el dia del naufragio? Desprovistos de todo humano auxilio, se arrojaban á desconocida palestra para luchar á brazo partido con la humanidad entera. Sin oro se proponian subyugar la riqueza, sin poder contrarrestar la fuerza, sin estudios convencer al raciocinio. ¿Puede concebir la imaginacion el grado de temeridad que necesitaban para atreverse á desencadenar contra sí todos los vientos de las pasiones por el solo triste placer de engañar al mundo? Las épocas de la humanidad tienen sus puntos de semejanza con los períodos de la vida humana. Los filósofos modernos proclaman la emancipacion del espíritu humano, y por cierto que esa tendencia es mas antigua que la moderna filosofía. ¿Podian desconocer los apóstoles que el mundo era ya adulto? ¿Juzgarian tan mal de su época que la creyesen á propósito para fundar creencias con solo herir la imaginacion de la muchedumbre? ¿No estaban allí los filósofos de tantas y tan diversas escuelas para pedirles cuenta de sus nuevas doctrinas? ¿Hallábase á tan poca altura la civilizacion, cuando la literatura y las artes acababan de subir á su apogeo? ¿Podian desconocer los apóstoles que iban á verse frente á frente con un

ejército de retóricos y sofistas, gladiadores del pensamiento que no cedian á los del circo en el manejo de sus armas respectivas? ¿No estaban en el caso de saber que Diágoras, Pirron, Epicuro les habian precedido, y que tenian que habérselas con una sociedad corroida ya por el escepticismo y el descreimiento? Para hacerse escuchar de ella era preciso el canto de las sirenas, era preciso halagarla; y por cierto que era excelente medio de ser escuchados hablarle de abnegacion, de castidad, de sumision completa á misterios que no comprendia. Escándalo para el hebreo y locura para el gentil era un Hombre Dios muerto por el hombre, y ¿no seria escándalo tambien y locura suponer que los anunciadores de este dogma no estaban de él profundamente convencidos? ¿Por ventura iban á burlarse del sentido comun por mero juego? ¿No sabian que los emperadores-pontífices verian un atentado á sus atribuciones, y que los pueblos se alarmarian por sus creencias tradicionales? ¿No sabian que á la otra orilla de su Rubicon les aguardaban todos los espectros de una muerte horrorosa? Bien podian acordarse y aplicar á su situacion las enfáticas palabras de su maestro: si esto se hace con el leño verde, ¿con el seco qué se hará? Y si las habian olvidado, ¿tardaron tanto las piedras en cubrir el cuerpo del glorioso protomártir para que este ejemplo no sirviera de escarmiento?

Cosa es que da margen á reflexionar seriamente el ver que cuanto mas se ensoberbece la razon humana, con mas motivos tropieza para quedarse humillada y confundida. El escepticismo á pesar de su altanería confiesa su deplorable ignorancia, cada vez que con su continuo *no sé* responde á las cuestiones de mayor interés y trascendencia. Los sostenedores del racionalismo vienen á hacer de la razon un ente imaginario; la fé del carbonero no es siquiera comparable á la credulidad que necesitan los incrédulos para erigir un sistema. La filosofía anticatólica se revuelve sin cesar y agita sus cien brazos en un caos tenebroso, cogiendo á tientas las suposiciones mas desatinadas. ¿Los apóstoles visionarios? los apóstoles impostores? son estos los fallos que pronuncia la razon en su tribunal supremo? Pues en este caso, justo es apelar de Filipo dormido á Filipo despierto, de la razon enseñada por la filosofía humana á la razon ilustrada por una luz divina. Contemplando S. Agustin la maravillosa economía del sistema católico, engolfándose en la profundidad de sus adorables misterios, examinando el testimonio auténtico de su historia, prorumpió en la célebre expresion: *credo quia absurdum*. ¿Será que la incredu-

lidad se proponga parodiarle, y se empeñe en negar porque la negación es un absurdo?

Oh Jesús, hijo de Dios vivo, que diste á tus escogidos la potestad de pisar las serpientes y escorpiones del error, para que por todo el mundo esparciesen las semillas de altísimas verdades que tú mismo les quisiste revelar, bendígote, Señor del cielo y de la tierra, porque si fué de tu agrado esconderlas á los sabios, y entendidos las revelaste á los pequeños que á tí vienen con humildad y pureza de corazón.

T. AGUILÓ.

CRÓNICA.

El día 13 recibió el padre santo á gran número de habitantes del Trastévere en la sala ducal. El cardenal Cullen formaba parte de la concurrencia. Se dió lectura á un mensaje, en el cual protestaban los concurrentes contra las demostraciones del 20 de setiembre y del 2 de octubre. El papa contestó con el siguiente discurso:

«No es verdad que en los pasados días el barrio de Trastévere no se entregó á un júbilo inoportuno? dijo el sumo pontífice. Acabais de darme un testimonio de ello con vuestra presencia, y con lo que acaba de decir el que en vuestro nombre ha hablado. Está bien. Sin estenderme sobre este asunto que me llevaria á consideraciones peligrosas, me apresuro á demostraros mi amor y á deciros algunas palabras útiles.

Estas palabras las tomaré de los recuerdos del día en que la Iglesia nos habla de dos reyes. De uno de ellos habla Jesucristo en una parábola; el otro es el santo á quien hoy festejamos. Bajo la parábola de ese rey se oculta el mismo Salvador. En efecto, ese rey pidió cuentas de su gestión particular á cada uno de los administradores del reino. Apenas se presentó ante mis ojos esta petición del rey de la parábola, pensé en la cuenta que tendrán que rendir al Señor los administradores de los diversos ramos de la hacienda. Sí, son tantos los hechos publicados en los periódicos, que no pasa día sin que un cajero huya con el dinero de la caja, ó un recaudador con los impuestos, ó un falsario con su pluma, ó en que un empleado de correos no escape con los valores sustraídos de las cartas. ¿A quién rendirán cuentas estas gentes? Pocos caen presos, son afortunados en sus precipitadas fugas. ¿Cuándo vendrá pues el *redde rationem*? ¡Ay! llegará, llegará el terrible día en que Jesucristo dirá á cada uno de ellos: *redde rationem*. Por mi parte añado: ¿por qué tanta corrupción? ¿por qué tanta avidez por los goces materiales? ¿por qué tanto olvido de Dios, de la fé y de la religión? Precisamente porque faltan la religión y la fé. No hay duda alguna de que en todas las épocas ha habido administradores infieles, pero nunca en un número tan crecido como hoy día, sobre todo en el reino de Italia. Cuando no hay fé ni religión, cuando no se teme la justicia de Dios, pudiendo eludir la de los hombres, robando sin peligro, todo se arruina.

Me acuerdo de un hombre distinguido, hoy muerto, que estaba en Roma hace algunos años y que de todos era conocido. Este hombre no era incrédulo, pertenecía á esa clase de católicos que se llaman *liberales*, el cual me decía: «Oigo misa todos los domingos y comulgo por Pascua.» No sé por qué se le ocurrió la idea de interrogar al papa al hablar de la eternidad, del infierno, del fuego y los tormentos. «Estoy persuadido de que no existen los tormentos, dijo, y de que en el infierno (admitia la existencia del infierno y de la eternidad) solamente existe la tristeza y la melancolía.» Yo le

respondí que las palabras de Jesucristo no se referian á tristeza y melancolía, sino al fuego, puesto que no dijo: *In mæs-titiam æternam*, sino que dice y dirá: *Discedite á me maledicti in ignem æternum*. Si un hombre tan moderado como era este personaje creía en un infierno tan poco terrible, ¿qué dirán los que están atacados de incredulidad completa, de esa incredulidad que hasta en la misma Roma se enseña?

En Roma se ha dado el caso de que un maestro preguntara á un niño: ¿En dónde está Dios? Y al responderle el niño que en el cielo, en la tierra y en todas partes, replicara el maestro: Pues yo no lo veo, sobre mi bufete no está. Ved de que manera convierten en burla la fé, porque Dios los ha abandonado á sus pasiones perversas. ¡Ah! guardemos, guardemos en nuestro corazón el amado tesoro de la fé, y estemos persuadidos de que hay una eternidad dichosa para los buenos y desgraciada para los administradores infieles, para los pecadores y para los impíos.

¿Cómo valernos, sin embargo, para evitar esas eternas penas, esta eternidad terrible? Imitemos la virtud de otro rey cuya fiesta se celebra hoy por la Iglesia. Ved ahí el resumen de la historia de su vida. S. Eduardo fué rey de Inglaterra, y el que edificó la magnífica iglesia y la abadía de Westminster, dotándolas al propio tiempo. Despues escribió al papa Nicolás II, diciéndole: *A Nicolás papa y señor de la Iglesia universal, Eduardo, por la gracia de Dios rey de Inglaterra, obediencia y sumision*. Estas eran las espresiones con que un rey se dirigia al papa en el siglo XI. S. Eduardo puso en conocimiento del padre santo lo que habia llevado á cabo, pidiéndole privilegios especiales para la abadía de Westminster, que hoy es título de arzobispado católico de Inglaterra.

Pero esto no era bastante. No se limitó el rey á dar ejemplo al mundo con sus obras respecto á la Iglesia, sino que al mismo tiempo cuidó con esmero de la felicidad de sus súbditos. Considerando que los impuestos eran muy onerosos, los disminuyó, con lo cual acreció el respeto, la estimación y el amor que sus pueblos le profesaban. Fué el modelo de todas las virtudes de los reyes y sobre todo de la castidad. Fué casto hasta el extremo de que, obtenido el consentimiento de la reina, dejó intacto el tálamo conyugal. No creais que este rey fué el único santo sobre los tronos de Europa. Ha habido santos sobre todos los tronos, sí; los ha habido. Los ha habido sobre el trono de Portugal, sobre el de España, sobre el de Francia y sobre el de Hungría; tambien los ha habido sobre el trono de Dinamarca antes de que fuera infiel. ¿Y sobre los tronos de Italia?... tambien los ha habido. Sí, hijos míos, nosotros hemos tenido monarcas santos, precisamente de la familia del que reina ahora.

Sin ir mas lejos, estoy trabajando en el expediente de Maria Cristina de Saboya reina de Nápoles, madre de Francisco II rey de Nápoles, porque se trata de la beatificación de esa santa reina, hija de Victor Manuel I, el cual tuvo tres hijas, de las cuales una ha muerto ya, viviendo las otras dos dando continuamente un ejemplo de su virtud. Esto no basta. Era yo muy joven cuando volvió á Roma Pio VII; entonces fueron muy afortunados los trastiverinos. Presencié la entrada de Pio VII, que desde la plaza del Pópulo vino aquí á la basilica de san Pedro. ¿Sabeis lo que encontró el papa entre la multitud? bajo el atrio de la Iglesia se hallaba un rey de Cerdeña, que murió mas tarde en Roma en olor de santidad y resplandeciente virtud. En tal momento el rey se prosternó á los piés del papa, y con lágrimas en los ojos dió gracias á Dios por volver á ver al sumo pontífice en posesion de san Pedro, de Roma y de sus estados. Pio VII levantó, abrazó y besó con ternura fraternal á aquel rey que abrigaba sentimientos tan generosos y santos.

Si me preguntarais: ¿decid, padre santo, y ahora cómo se conducen? Os responderia que vuestra pregunta era inoportuna.

Volvamos pues al primer rey, al de la parábola, que debe pedirnos cuenta de todos nuestros actos; os recuerdo al rey que presenta Jesucristo en el evangelio de esta mañana: os recuerdo el *redde rationem*. Este *redde rationem* me lo dirá á mí, se lo dirá á todos los que pertenecen á la gerarquía eclesiástica, se lo dirá á todas las almas consagradas á

Dios; os lo dirá á vosotros, á todos los cristianos que están esparcidos sobre la haz de la tierra; se lo dirá á todos los hombres, á los reyes, á los príncipes, á los ministros, á los senadores, á los diputados, á los generales, á los capitanes y á los soldados. ¿Sabeis vosotros á quién se lo dirá con mas energía? Pues será mas recto con los escribas de la iniquidad, con los que hacen alarde de su impiedad, con los que inciensan á los ídolos infames de la calumnia, de la mentira y de las manchas del pecado. Se lo dirá muy especialmente á los que adoran la materia, que nada ven fuera de la materia y que olvidan el espíritu, á los que procuran enriquecerse por los medios ilícitos y vergonzosos. ¡Ah! hijos míos, puesto que nosotros debemos presentarnos al tribunal de Dios ante el cual tiemblan las mismas almas justas, decid:

Quid sum miser tunc dicturus?

Quem patronum rogaturus

Cum vi xjustus sit securus?

¿Qué diremos nosotros, ¡oh Dios mio! escrutador de las conciencias, que veis los pliegues mas recónditos de las almas? *Quid sum miser tunc dicturus?* Para estar prontos á responder con verdad, roguemos ahora á ese rey y digámosle: Vos sois un rey temible:

Rea tremendæ majestatis

Qui salvandos salvas gratis,

Salva me fons pietatis.

Recordare, Jesu pie,

Quod sum causa tuæ viæ;

Ne me perdas illa die.

Recordad ¡oh Jesus mio! que nacisteis por mí en un establo, que por mí crecisteis en un taller, y que por mí tambien cruzasteis los caminos de Galilea en busca del pecador, y que por mí subisteis al Gólgota y fuisteis clavado en la cruz.

Recordare, Jesu pie,

Quod sum causa tuæ viæ;

Ne me perdas illa die.

Dios mio, en este terrible dia colocadme á vuestra diestra, y llamadme para entrar con los bienaventurados en el cielo para alabaros por toda la eternidad. Con el fin de que este deseo se cumpla, concedednos hoy una bendicion especial que nos reanime y nos suministre el mas precioso de los dones, el don de la perseverancia final.

Dios os bendiga, queridos hijos míos; que os bendiga en vuestras personas, familias y bienes. Que ese Dios de paz y de misericordia se acuerde de vosotros. Roguemos tambien por sus verdugos, por aquellos que le ofenden y que ofenden tambien á la Iglesia y á sus ministros, diciéndole: *Ignosce illos qui nesciunt quod faciunt.* Abrid sus ojos á la luz de la verdad, guiadlos por el camino del arrepentimiento; y entre tanto, Dios de misericordia, bendecid á vuestro indigno vicario, bendecid á este pueblo, á esta ciudad y á las diferentes clases de personas, preservándolas de la corrupcion y de los pecados que inundan la tierra.»

Se habla en Roma de las notas diplomáticas que aquel gobierno usurpador é incautador ha recibido de las potencias de Europa sobre las casas religiosas de propiedad extranjera. Como cosa estraña se añade que la mas enérgica de estas notas es la otomana. Lo comprendemos, así como que la mas débil, si la ha habido, sea la hecha á nombre de la católica España.

El ministro Sr. de Lutz en Baviera, antes de abandonar el poder, ha querido dar una prueba de que lleva mas adelante que su protector y amigo, el Sr. de Bismark, su odio contra los jesuitas; y al efecto ha dirigido á las autoridades provinciales una real orden para la ejecucion de la ley de espulsion, en la que dispone se prohiban á los jesuitas todas las funciones de su orden, especialmente en las escuelas é iglesias, que se les impida celebrar misiones, que no se tolere en ningun caso la fundacion de establecimientos de la orden, y que no se permita vivir en Baviera á los miembros de la compañía que no sean bávaros.

El ministro bávaro lleva tan adelante su afan de perseguir y vejar á los jesuitas, que dispone no se conceda á nin-

guno el derecho de residencia ó de naturalizacion. Somete á los del pais á la vigilancia de los comisarios de distrito, y manda que se dé cuenta de todo lo que ocurra sobre ellos al ministro del Interior.

Cuanto mas se empeñen el Sr. de Bismark y su satélite el Sr. de Lutz en perseguir á los jesuitas, mas los querrán los católicos, y mayor será su influencia.

Mr. Ewald, el celebrado orientalista, profesor de la universidad de Gotinga y miembro del Reichstag, ha dirigido una carta á los ingleses, que no ha mucho felicitaron al príncipe de Bismark por su actitud respecto de la Iglesia católica. En ella dice:

«Soy protestante verdadero y enemigo jurado de los jesuitas; pero no puedo menos de condenar los procedimientos tiránicos del canciller, que han de acarrear la pérdida de toda libertad religiosa. Los ingleses, engañados por los periódicos alemanes, han creido que estos actos habian sido aprobados por la opinion pública. Es preciso que sepan que la prensa semi-oficial ha caido en Alemania en un grado tal de servilismo, y los periódicos independientes gozan de tan poca libertad que ni en unos ni en otros, pueden hallarse noticias exactas sobre el verdadero estado del imperio.»

Parécenos que este párrafo, tan lleno de lógica como de buen sentido, debiera confundir á muchos, que sin tener el valor de declararse *enemigos jurados de los jesuitas*, antes bien queriendo blasonar de *fervientes católicos*, hablan sin embargo y escriben como si no tuvieran de católicos mas que un fingido é hipócrita nombre.

Una importante manifestacion ha tenido lugar en Liverpool. Los funerales del obispo de esta metrópoli comercial han sido celebrados con una pompa inusitada. Mas de 45 mil personas han acompañado al prelado difunto á la última mansion.

Además de los sacrificios particulares que los católicos franceses están haciendo en favor de los alsacianos y loreneses, han tenido la buena y patriótica idea de crear una *Obra católica* con el mismo objeto. Su objeto principal es el asegurar socorros espirituales y temporales á los pobres desterrados, que en estos tiempos de abatimiento y degeneracion han dado un alto ejemplo de virtudes cívicas. Este comité central, establecido en Paris, invita á los católicos de provincias á que secunde sus esfuerzos, y ya se ha constituido bajo la presidencia de honor del señor obispo de Angers; entre los miembros del mismo figuran Eugenio Veuillot, Augusto Nicolás, el conde de la Tour, monseñor de Segur y otros. Dios bendiga y haga prosperar esta santa obra.

El juéves 17 de octubre por la noche la sociedad general de las conferencias de san Vicente de Paul celebró una reunion, al objeto de hacer una reseña exacta de todo lo que se ha hecho en Paris desde el fin del reinado de la *Commune* para el alivio de las clases menesterosas. No puede uno formarse idea de los esfuerzos intentados diariamente por los miembros de dicha sociedad, que se hacen sucesivamente vendedores de comestibles, de calzado, de ropas, á veces banqueros y agentes matrimoniales. Sí, ellos transforman en honrados padres de familia á muchos que sin ellos habrian pasado toda su vida en uniones ilícitas. A propósito de la distribucion de víveres á los indigentes; en el año de 1871 á 1872, quince hornos han servido 834,790 raciones; 97,774 mas que desde 1869 á 1870, y 100,000 menos que de 1870 á 1871.

Un hecho particular debemos consignar para que se vea dónde están y quiénes son los verdaderos amigos del pueblo. Este hecho es que de la inmensa cantidad de raciones distribuidas durante el sitio, 80,000 lo fueron sobre bonos emitidos y pagados por monseñor Darboy asesinado por la *Commune*.